

## CAPITULO VI.

## El Concilio de Efeso.

Entre tantos errores de convencion que han logrado hacerse recibir, está convenido que el culto de la Santísima Virgen trae su origen del Concilio de Efeso. Lo que precede demuestra sobradamente que con mayor verdad se puede decir que á este célebre Concilio es á donde él afluye. O mas bien, y he aquí lo que causa ilusion, con igual verdad se puede decir que es á él á donde afluye, y que de él es tambien de donde se derrama. Afluye á él á la manera de un rio, destilado en su nacimiento de los vapores del cielo sobre las elevadas cumbres apostólicas, alimentado por los derrames mas puros de la doctrina cristiana, exprimida sucesivamente por los Padres de los tres primeros siglos; rebosando despues con ímpetu de las Catacumbas, en donde la corrupcion, tanto como el furor del Paganismo, le habian hecho esconder su misteriosa corriente, y borboteando en San Epifanio y en San Efremito con una espumosa abundancia, donde todos los siglos sucesivos han ido á tomarla, arrollando despues con sus embravecidas olas los restos de cien heregias barridas en su corriente, y llegando de esta manera en la plenitud creciente de su curso al quinto siglo, en que la heregía Nestoriana emprende contenerlo, y lo hace desbordar por el mundo.

Esta empresa era nueva. Jamás heregía alguna hasta entonces habia atacado directamente á la Maternidad divina de María. Solamente una habia querido negar su virginidad perpétua, y ya hemos visto qué horror habia causado. No es que se hubiera respetado el misterio del Verbo Encarnado.

Hemos visto, al contrario, que todas las heregias, desde el Docetismo hasta el Arrianismo, se habian conciliado contra este fundamento de la fé del mundo. Mas aunque el dogma de la Maternidad divina estuviese evidentemente comprendido en todos estos ataques, no los habia sentido sino de rechazo. Hasta habia sido el instrumento que habia servido para destruirlos, y que destrozándolos, habia tomado mayores dimensiones, haciéndolos pedazos. El dogma de la Maternidad divina se hallaba en el fuerte de su reinado cuando el enemigo vino á atacarlo; y no lo atacó á causa de este victorioso poder, que habia triunfado de todas las heregias antiguas, y que lo designaba objeto de su furor. La serpiente se volvió contra el talon que la aplanaba. Quiso emprender su grande pelea contra el Niño, dirigiéndose esta vez contra la Mujer que se lo manifestaba, y cuya importancia él habia aprendido á espensas suyas.

Todo justifica la exactitud histórica de esta apreciacion. La espresion de *Madre de Dios*, *Deipara* ó *Theotocos*, se hallaba estendida en la Iglesia desde largo tiempo. «Vosotros, cristianos, no cesais de llamar á María Madre de Dios.» *Vos Marian Deiparam vocare non cessatis*, decia el Emperador Juliano, y todos los escritos de los Padres del siglo cuarto están esmaltados con esta espresion. Con todo, no es apenas, sino unos cien años antes del Concilio de Efeso, cuando empezó á tomar un carácter doctrinal y á ser la fórmula abreviada de la fé. Mas lo que Ella espresaba era profesado con el mayor séquito y esplendor desde los Apóstoles, lo hemos visto ya; y San Cirilo, en su carta á los solitarios de Egipto contra Nestorio, tenia razon de decir: «Es la fé que los discipulos nos han transmitido, aunque no se hayan valido de este término; es tambien la doctrina que hemos recibido de los Santos Padres (1).»

Una prueba sensible de esto, es que todas las objeciones hechas por Nestorio contra el título de *Madre de Dios*, eran renovadas desde las antiguas heregias cristianas contra la Encarnacion del Verbo. Es lo que dedujo con toda claridad Casiano de Marsella, en el *Tratado de la Encarnacion*, que este

(1) LABBE, *Concil. Ephes.*

sábido sacerdote compuso contra el heresiarca á invitacion del Papa San Celestino.—Por el contrario, todos los argumentos y todos los anatemas que se hicieron valer contra Nestorio, habían servido ya contra aquellas viejas heregias. No fueron solamente San Cirilo y los Padres de Efeso quienes condenaron á Nestorio, sino que, por su boca, lo fueron San Gregorio de Nazianzo, San Atanasio, San Epifanio, San Arquelao, Tertuliano, San Ireneo, San Justino, San Ignacio y todo el Colegio apostólico; fué el Santo Evangelio colocado sobre un altar en medio del Concilio: prueba solemne de lo Apostólico del culto de la Madre de Dios.

Hemos dicho con todo eso, que la heregia de Nestorio era una *novedad*; he ahí en qué:

La heregia, que Casiano compara muy justamente con la hidra de la fábula, tenia mil cabezas. Sin embargo, como ella formaba cuerpo contra la Encarnacion del Verbo, ella se dividia con estas mil cabezas en dos grandes negaciones correspondientes á las dos naturalezas, cuya union personal compone el misterio de la Encarnacion divina. Se resumia, como hemos visto, en el Ebionismo, secta judáica, que negaba que Jesucristo fuese Dios, y en el Docetismo, que negaba que Jesucristo fuese hombre (1). Luego Nestorio, posterior á todas estas heregias separadas hasta él en dos ramas, vino á juntarlas, negando que Jesucristo fuese Dios y hombre *á la vez*. Por ahí se esponia al fuego cruzado de todos los Padres que

(1) En efecto, en el *Ebionismo*, combatido en su origen por el Apóstol San Juan en el Introito de su Evangelio, despues por San Justino contra el judío Tryphon, entran el Arrianismo y todas aquellas sectas combatidas por los Padres del siglo cuarto; y en el *Docetismo*, combatido igualmente en su origen por el mismo Apóstol San Juan en sus Epístolas y su Apocalipsis, y por San Ignacio, su discípulo, entran el Gnosticismo, el Marcionismo y el Maniqueismo, combatidos sucesivamente por San Ireneo, Tertuliano, San Arquelao, San Epifanio y San Agustín.—Son una prueba muy bella de la unidad permanente de la doctrina católica las eternas repeticiones de la heregia en todas sus variaciones.

precedentemente habían combatido, sea á los Ebionistas, sea á los Docetos ó Maniqueos. Mas él se jactaba de escapárseles y de poder declinar toda mancomunidad con estas heregias, reconociendo (y en esto es en efecto en lo que se diferenciaba de ellas) que en Cristo habia un Dios y un hombre. Mas como pretendia que el Dios y el hombre eran *dos*, perdía todo el beneficio de su concesion, y quedaba bajo del doble golpe que él creia evitar. Por mas que reunió al hombre y al Dios hasta fundirlos, en cierta manera, el uno en el otro, y esto desde el seno de María, no hizo con esto mas que caer en otra heregia, la de la confusion de las dos naturalezas, sin salir de la primera, la de la *dualidad* de personas. Resultaba siempre que Dios y el hombre eran *dos*, en Cristo, y que por consiguiente, no habia unidad de persona. Tampoco habia unidad de naturalezas, la cual no se verifica sino en la unidad de persona: no habia nada de lo que constituye la prenda y fundamento de la salvacion humana. El hombre quedaba separado de Dios.

Esto es lo que se manifestó á todas luces, al principio de la heregia de Nestorio, por San Proclo, obispo de Cysica, en una circunstancia muy particular de esta gran prueba de la fé.

Nestorio se encontraba aun en todo el poder de su dignidad de Patriarca de Constantinopla. Acababa sin embargo de permitir la manifestacion de su heregia, defendiendo á un sacerdote suyo llamado Anastasio, que en el púlpito de su Iglesia se habia declarado contra el título de *Madre de Dios*. Profesando sin embargo un grandísimo respeto por María, y encubriendo por ahí la marcha de su intento, invitó á Proclo, obispo de Cysica, sufragáneo suyo, á que viniese á honrar con la elocuencia de su palabra una solemnidad de la Virgen. El santo obispo, instruido de lo que habia pasado, subió á aquel púlpito, de donde acababa el error de hacer su primera irrupcion, resuelto á aprovecharse *de esta feliz y justa ocasion*, dice él mismo, *de hacer oír útiles verdades*. En efecto, recordando las antiguas decisiones de la fé, y previniendo la que debia herir á Nestorio en Efeso, profesó que: «Decir que Jesucristo es un puro hombre, es ser judío.—Decir que es solamente Dios, y que no tiene la naturaleza humana, es ser Maniqueo.—Y en-

señar que Cristo y el Verbo divino son dos, es estar separado de Dios (1).»

Por estas generosas palabras, San Proclo aplanaba al Nestorianismo, apenas nacido, á presencia de Nestorio en toda la magestad de su sacerdocio. Denunciaba en él las antiguas heregias apareadas por una doctrina que, profesando que Cristo y el Verbo eran dos, acumulaba, en efecto, ya el Ebionismo, segun el cual Cristo no tenia la naturaleza divina, ya el Maniqueismo, segun el cual el Verbo no habia tomado la naturaleza humana; y que por la negacion de la *unidad* de persona rompía el nudo de la negacion de las dos naturalezas, es decir, del hombre con Dios.

Nestorio, tanto menos pudo digerir la leccion, cuanto que todo el auditorio, adhiriéndose á las intenciones de Proclo, le habia aplaudido mucho. Se levantó, pues, inmediatamente, y añadiendo, segun costumbre y derecho del Metropolitano, algunas palabras á las del orador, se esforzó en insinuar, que no debia decirse absolutamente que Dios ó el Verbo hubiera *nacido de Maria*, ni que hubiese muerto, sino solamente que estaba unido á aquel que nació y murió.

Por ahí se vé cómo tuvo principio la lucha. Fué sobre el terreno de la Maternidad divina profesada por el culto que se le tributaba. El Cristo, nacido de Maria y el Verbo nacido de Dios, ¿eran solamente asociados, ó bien era *el mismo*, nacido de Dios en la eternidad, y de Maria en el tiempo? En una palabra que lo reasumia y cortaba todo, ¿Dios habia nacido de Maria? ¿Maria era propiamente *Madre de Dios*? Este nombre prodigioso, MADRE DE DIOS, —THEOTOCOS,—¿debía darse á Maria con todo el honor que él reclama? ¿Debía negársele?—Ahí estaba toda la cuestion de la Encarnacion, es decir, de vida ó de muerte del Cristianismo en el mundo.

Concebido habia, pues, el enemigo un ataque tan hábil como atrevido al reunir todas sus fuerzas sobre este solo punto. Pero tuvo una desgracia, la desgracia de toda heregia; la de llegar demasiado tarde; la de encontrar la plaza tomada por la verdad, y talmente tomada y fortificada, que no pudo

(1) LABBE, *Concil. Ephes.*

menos de estrellarse contra ella. El culto doctrinal de Maria, profesando y honrando en ella la dignidad de Madre de Dios, estaba ya entonces arraigado en la Iglesia, ó mas bien lo habia sido de todo tiempo, no habiendo hecho sino desarrollarse juntamente con la Iglesia en el mundo. Constantinopla, patriarcado de Nestorio, era desde su fundacion, que remontaba á un siglo, *la ciudad de Maria*, por la dedicacion solemne que Constantino habia hecho de aquella capital de su imperio á la Madre del Salvador, en medio de los Padres de Nicea (1), y bajo el pontificado de San Silvestre, quien al mismo tiempo erigia á Maria, en el *Forum* romano, el templo *Liberanos a penis*, en accion de gracias por la cesacion de una peste, debida á la intercesion de la Virgen (2). Muchos templos erigidos en la misma época al culto de Maria en los Santos Lugares por la emperatriz Elena, y en las Galias por los obispos, que habian plantado en ellas la fé, atestiguan igualmente la devocion secular del mundo para con la Madre de Dios, desde que el culto tuvo la libertad de manifestarse. Pero la solemnidad de la festividad de Maria, en la cual el mismo Nestorio invitó á San Proclo á que pronunciase un discurso en la Iglesia de Constantinopla, atestigua mas directamente aun el público honor, en cuya posesion estaba la Virgen desde entonces. El discurso de Proclo, que conservamos aun, por los magnificos elogios que contiene de Maria, nos dá la medida de este culto. El orador empezó de esta manera:

«La espectacion de esta numerosa y célebre asamblea, hermanos, provoca, en este dia solemne, la palabra y la alabanza; y la presente festividad suministra una feliz y justa ocasion de hacer oír útiles verdades á este auditorio. La materia versa, en efecto, sobre la castidad misma y la santidad, tanto como sobre la justa gloria de la mujer que mereció este inaudito prodigio de ser Virgen-Madre. He aquí que la tierra y el mar honran á esta Virgen escelsa, y, en su conato de servirla, forman su séquito como satélites de grandeza: este humillando sus olas amansadas bajo la barquichuela del navegante, aque-

(1) NICEPHORO, lib. VII, cap. XLIX.

(2) BARONIUS, p. 324.

lla abriendo caminos seguros á los pasos del viajero. La naturaleza se conmueve, las mujeres reciben honor; la naturaleza humana guía los coros y canta himnos, la Virgen es glorificada, la Santísima MADRE DE DIOS, María, nos reúne á todos en un mismo entusiasmo...

Siguen magníficos elogios de la Virgen, fundados en esta dignidad de MADRE DE DIOS, que hace de ella como el *único Puente por donde Dios se ha comunicado con los hombres*, y que nos hace adorar al verdadero *Emmanuel*, Dios hecho hombre (1).

Tal era el culto de María, á presencia de Nestorio y en su misma Iglesia.

Mas lo que sobre todo hizo brillar la solemnidad de este culto en las almas y en las costumbres, fué lo que pasó en la misma Iglesia, cuando Doroteo, obispo de Marcianople, queriendo, á instigacion de Nestorio, reparar el agravio que este habia recibido de las palabras de San Proclo, se atrevió á proferir estas otras delante del pueblo reunido: «Anatema á aquel que dice que Maria es Madre de Dios!» A esta blasfemia, todo el pueblo dá un gran grito y huye de la Iglesia, á donde no vuelve mas (2).

Este grito del pueblo cristiano, tan unánime y tan espontáneo, era el anatema verdadero; pues era realmente el grito de la antigüedad, el grito del Evangelio, el grito del Espíritu Santo, que, por boca de Isabel, habia proclamado á María Madre de Dios.

¿Qué sucedió, pues, en Efeso, cuando el universo cristiano, indignado contra Nestorio, le hizo comparecer delante de sus ciento noventa y ocho obispos reunidos, para que oyese allí su condenacion? Esta ciudad, designada para la reunion del Concilio por el emperador Teodosio, y con el consentimiento del mismo Nestorio, que se lisonjeaba de prevalecer en él por sus intrigas, parecia predestinada para este grandeacontecimiento. La Idolatria habia tenido en Efeso su mas famoso templo, el templo de la gran Diana de muchos pechos, mag-

(1) LABBE, *Concil. Ephes.*, p. 10-18.

(2) Dom Ceillier, t. III.

na *Dianæ multimammæ*; mito impuro, no sé de qué falsa virginitad y de qué falsa maternidad, á quien debia confundir el celeste misterio de la Virgen-Madre. El terremoto que partió del pié de la Cruz, en donde estaba *en pié* la Madre de Jesus, habia derribado esta ciudad, una de las mas principales entre todas las ciudades de Asia, segun refiere Plinio el Antiguo (1). San Pablo, que estuvo próximo á ser en ella inmolado á Diana, la convirtió á Jesucristo, y la dejó á San Juan, que la gobernó y habitó en ella con la Santísima Virgen (2), de donde le ha venido el nombre moderno Aia-Suluk, que quiere decir *Teólogo Santo*, y que es el nombre que se daba á San Juan (3). Finalmente, á la época del Concilio se conservaban en ella como un tesoro las reliquias del Discípulo amado, y la Santísima Virgen tenia allí una grande Iglesia bajo el nombre de SANTA MARÍA.

En este templo, cuyas piedras publicaban la gloria de María, fué donde se reunió el Concilio. Sabido es qué anatemas contra Nestorio, qué alabanzas á María, qué entusiastas aclamaciones resonaron en él; y cómo toda la ciudad y todo el orbe cristiano que se hallaba representado allí, vinieron á ser un templo mucho mayor, donde María, en medio de la enagenacion entusiasta de los pueblos, fué conservada en la posesion del culto que se le habia querido arrebatar, y que, por medio de este solemne triunfo, recibió su última consagracion.

He ahí cómo trata el error moderno de reducir la importancia de este acontecimiento.

Despues de haber dicho, que para encontrar alguno que se declarase á favor de la devocion de la Virgen, era nece-

(1) Maximus terræ memoria mortalium estitit motus Tiberii Cesaris principatu, duodecim urbibus Asiæ una nocte prostratis: quarum nomina sunt Ephesus...—El terremoto mas grande desde que el mundo es mundo, sucedió bajo el reinado de Tiberio, y en una noche volvió de arriba abajo doce ciudades de Asia, á saber: Efeso... (PLIN. NATUR, lib. II., cap. LXXXIV.)

(2) IRENEUS, lib. III, cap. II.—LABBE, *Epistola Synodica Concilio Ephes.*

(3) BOUILLET, Diccionario, en la palabra *Eptiese*.

sario retroceder tres ó cuatro siglos despues de San Ambrosio, el autor de los *Poderes constitutivos de la Iglesia* añade: «Eso no impide que los Padres hayan hablado muy fuertemente de la gran parte que ella ha tenido en la salvacion del mundo, pero con la maestría cristiana que les caracteriza. Si les acontece, como á San Cirilo de Alejandria, en su Concilio de Efeso, en una especie de himno, referir á María lo que Jesus ha hecho, evidentemente es una figura de estilo muy comun, en que se toma el instrumento por el artifice, y no una doctrina teológica. Además, San Cirilo habla delante de los Padres del Concilio de Efeso, que acaban de condenar á Nestorio, porque negaba á la Virgen el título de Madre de Dios, es decir, porque negaba la divinidad de Jesucristo. Así, celebrar á María como Madre de Dios, es proclamar la divinidad de Jesucristo; decir que *por ella los fieles alcanzan el bautismo*, que *por ella las Iglesias han sido fundadas*, que *por ella la idolatría ha sido destruida*, que *por ella las naciones son atraídas á la penitencia*, y lo demás, es decir únicamente que Jesucristo es Dios. A El, Hijo de Dios, es á quien el orador glorifica bajo el nombre de María; y ensalzando lo que llama obras de María, no hace sino proclamar las obras de Jesucristo.»

Luego es una verdad que San Cirilo en el Concilio de Efeso, y todos los Padres que le habian precedido, pensaban lo mismo de la Virgen Maria, y que era la *sabiduría cristiana* la que hablaba por sus bocas, cuando esclamaban: «Os saludamos, oh Maria, Madre de Dios, tesoro venerable de todo el universo, antorcha que no se puede apagar, corona de la virginidad, cetro de la fé ortodoxa, templo incorruptible, lugar de Aquel que no ocupa lugar, por quien nos ha sido dado Aquel que es llamado bendito por excelencia, y que ha venido en nombre del Señor. Por vos es glorificada la Trinidad, la Cruz es ensalzada y adorada en toda la tierra; por vos se alegran los cielos, los Angeles se regocijan, son ahuyentados los demonios, el demonio tentador ha caido del cielo, la criatura caída ha ocupado su puesto;» y lo demás que acaba con estas palabras: «Adoremos á la Santísima Trinidad, celebrando con nuestros himnos á Maria, siempre

Virgen, y á su Hijo Jesucristo, Señor Nuestro, á quien pertenece todo honor y toda gloria en los siglos de los siglos (1).»

—Esta es en efecto la doctrina de la sana y sábia antigüedad.

Resta saber ahora si *no hay mas que una figura de estilo muy comun, donde se toma el instrumento por el artifice, y no una doctrina teológica*. Esta es por lo tanto la cuestion entre la Iglesia y aquellos que, no atreviéndose á romper abiertamente con la antigüedad, echan mano de este expediente, y toman este sesgo para eludir la doctrina.

Examinemos el valor de sus sentimientos.

Que Maria sea ó no sea *Madre de Dios*, ¿no era esto una cuestion de *doctrina teológica* entre Nestorio y la Iglesia, en el Concilio de Efeso? Muy evidentemente; y este era en realidad el único objeto del Concilio.—Esta calidad, este título de *Madre de Dios*, ¿no era mas que *una figura de estilo* en la mente de aquellos que la atribuian á Maria?—Esto es cabalmente lo que en efecto pretendia Nestorio; mas he aquí lo que le respondia el Concilio por boca de San Cirilo: «Si la Encarnacion del Verbo no es sino una *figura*; si la Virgen no ha *parido realmente á Dios*, el Verbo salido de Dios Padre no ha tomado la descendencia de Abraham, no se ha asemejado á sus hermanos, y de esta manera, todo lo que mas constituye la causa de nuestra salvacion, se reduce á la nada desde el momento en que se desecha la Maternidad divina. Concedido este punto, nuestra fé se desvanece enteramente. La Cruz, salud y vida del mundo, cae, y cae con ella la confianza del género humano (2).»

Si la Maternidad divina no es una figura, si es *alguna cosa en sí* el ser MADRE DE DIOS, si es una dignidad, y una dignidad que supera á todo entendimiento, ¿cómo habria estado sin honor en la mente del Concilio, ó lo que es lo mismo, sin un honor proporcionado á su estension? ¿Qué otra manera mas hay de reconocer una dignidad sino honrarla? Profesar, pues, la doctrina, es en esta ocasion rendirle honor; y rendir

(1) Discurso de San Cirilo en el Concilio de Efeso, traduccion de BOSSUET, LABBE, *Concil. Ephes.*

(2) LABBE, *Concil. Ephes.*, p. 55.

honor, es profesar la doctrina. Luego cuando San Cirilo, *en una especie de himno*, como dicen, celebra tan fuertemente á María, cuando apura el lenguaje de la alabanza y de la veneracion para glorificarla, no hace sino profesar la doctrina por el culto, y por un culto que por ferviente que sea, es aun inferior á la doctrina, inferior á la dignidad de *Madre de Dios* que ella reconoce. Todas estas alabanzas del Concilio eran otras tantas decisiones. Eran otras tantas maneras de espresar la fé y de fulminar anatemas contra el error.

Es mucha verdad que en el título de Madre de Dios, confirmado y celebrado en María, era el dogma de la divinidad de Jesucristo lo que se habia puesto en cuestion, y el que triunfaba. Esto es una verdad. Mas por esto mismo, la dignidad de Madre de Dios debía ser ensalzada. Añado, y aquí es sobre todo donde rompo con el error que combato, que ella debía ser exaltada *en sí*, aunque á causa de Jesucristo; y no solamente como una pura manera de profesar á Jesucristo.

El error en este punto pertenece á todo un sistema que hemos combatido ya en nuestra *Esposicion teórica del culto de la Santísima Virgen*. Consiste en creer, que la divinidad que hay en Jesucristo, siendo evidentemente superior á toda dignidad, hasta á la de la Madre de Dios, debe absorber toda gloria y todo honor, ó no permitirlo sino *en figura*.

Esta doctrina es radicalmente anti-cristiana, y, autorizándose con el hermoso celo de poner la gloria de Jesucristo á cubierto de toda usurpacion idolátrica, se dirige aun en sus mas celosos partidarios á la negacion del Cristianismo, á hacer desaparecer á Jesucristo, á la verdadera idolatría.

En efecto:

Decir que Jesucristo, fuente única seguramente de todas las glorias que reverenciamos en la Virgen y los Santos, reserva para sí todas estas glorias, sin que de ellas reciban estos emanacion alguna, es negar el mismo Cristianismo, que no es otra cosa que un derramamiento de la gracia y de la gloria, cuya fuente es Jesucristo para todos los Angeles y todos los Santos, empezando por su Madre, que es la primera que recibió la plenitud de ellas. El Hijo de Dios ha venido á ejecutar una obra en el mundo; y es de esta obra de donde ha

querido sacar su gloria y la de su Padre. ¿Qué gloria es esta, sino es elevarnos á la dignidad de hijos de Dios y coherederos de Jesucristo, es decir, á la participacion de su gloria? El ha puesto, pues, su gloria en comunicárnosla. Por lo tanto, el negárnosla los unos á los otros, es negársela á El; es anadar la obra de donde la saca. Pues bien: ¿en quién se hallaria reconocida y reverenciada esta gloria, si no se reconocia en María?

Jesucristo no es Cabeza, sino porque tiene miembros á quienes glorifica, y el mas eminente de ellos es María. Suprimir el honor de los miembros ó reducirlo á ser solo una figura, es reducir el honor de la CABEZA á una mera figura.

Sin que quepa duda, María ha sido el instrumento de Jesucristo para el cumplimiento de esta obra, de la cual El recibe su gloria; pero instrumento, que por eso mismo, ha sido desde su origen su obra maestra; de tal manera, que El mismo, el artifice, ha querido ser hecho de ella. Por manera que á menos de privar á Jesucristo, de privar á Dios de toda la gloria que se ha propuesto en su obra, es indispensable honrar primeramente á esta *obra maestra*; honrarla en realidad, es decir distintamente en sí, á causa de su mismo autor.

Pensar de otro modo, es ponerse en pugna con la razon. No es menos romper con el Evangelio.

En efecto, cuando el Arcángel enviado por Dios á María la saluda *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres*, no hay ahí mas que una figura de estilo, bajo la cual solo Jesucristo es honrado; y María, a causa del mismo Jesucristo, ¿no se halla tambien allí honrada real y distintamente? Cuando Isabel, ó mas bien el Espíritu Santo por su boca, añade á la bendicion del Angel, *y bendito es el fruto de tu vientre*, ¿no hay ahí muy evidentemente dos objetos distintos de bendicion, *María bendita, y su Fruto bendito*? Cuando María, ella misma proclama que *el Todopoderoso ha hecho en ella grandes cosas*, y que *todas las generaciones venideras la saludarán*, como el Angel é Isabel acaban de saludarla *bendita*, ¿no son estas grandezas reales, hechas directamente á María, *fecit mihi*? ¿No es este un culto personal, cuyo objeto es ella